

EL ECO DE CARTAGENA.

Viernes 8 de Octubre de 1880.

INVIERNO Y VERANO.

El calor se va, y el frío empieza á divisarse en lontananza. Los brillantes paseos nocturnos de la Glorieta de San Francisco tocan á su fin y las pollitas se verán bien pronto privadas de lucir sus atractivos á la luz del gas, porque ya han desaparecido las farolas que tanta claridad esparcían sobre esas brillantes reuniones. Este es el mundo: todo pasa, y hasta que se nos presente de nuevo la sonriente primavera, no volveremos á tener teatro Circo, Feria, Toros y paseos sucesivamente. Esto es triste, muy triste y no podemos conformarnos con la tiranía de ese círculo vicioso de las estaciones. ¿Que va á ser de nosotros? Sin teatro, paseos, ni distracción alguna, tendremos que dedicarnos á fumar tabaquinas del estanco, y como inmediatamente sentiremos los efectos del que fuma opio, nos acostaremos alargados al emp zar la noche, y las pesadumbres atormentados por la pesadilla del que gasta su dinero en un banco falso, para adquirir á sabiendas un envenenamiento por recarso. ¡Pobres de nosotros!

No se crea sin embargo que por que lamentamos la desaparición del verano, somos partidarios del calor. Nada de eso.

Nos explicaremos y convendrán Vdes. con nosotros, ó no convendrán, porque eso va á gustos. El calor nos agobia, nos asfixia, nos desviste y reduce hasta de jarnos como oblates; nos quita el sueño, el apetito, las ganas de vestirnos, etc. y como desgraciadamente no tenemos causas que nos obliguen á tomar baños, nos vemos privados de disfrutar del corto consuelo de que gozamos los que se bañan, sobre todo, si van y vienen á pié á la orilla del mar á las once de la mañana, y qué diremos de las moscas, mosquitos, chinches y demás familia veraniega encargada de atormentar al prójimo? Esas tenaces moscas que han de presentarse y tomar parte en nuestras comidas, que han de probar todos los platos y aun formar parte de las salsas, y cuya voracidad es tal que llegarían á comerlos, si las dejásemos, ¿no son un enemigo poderoso del verano? Esos microscópicos y nocturnos músicos vigilantes y decididos enemigos de nuestro reposo, que haciendo alarde de sus potentes pulmones nos administran tantas serenatas y en tantos tonos, esos priomorosos mosquitos que este año los ha llegado á haber como gorriones, ¿no les parece á Vdes. que son bastante motivo para no gustar del

verano? Eso de que ántes de conciliar el sueño tenga una persona que darse diez ó doce bofetadas para ver de esterminar algún rabioso musiquito, es cosa grave, desesperante y bafa.

Si las noches de verano fuesen tan largas como las de invierno, y los mosquitos cumplieran su deber como lo tienen acreditado, en tres días se desarrollaba la hidrofobia entre nosotros, y salíamos á la calle saludándonos á bocados.

De las chinches y otros mil insectos que están esperando la llegada de verano para hacer su presentación y ser el tormento de la humanidad, no hablamos por sernos demasiado repugnantes. Nada hay completo. Una temporada tan hermosa y tan acompañada de inconvenientes.

Pero si bien por todas estas razones no somos partidarios de la época del calor, en cambio no podemos negar que es la que nos ofrece las flores, las frutas y entre ellas los melones; sí, los melones de año que sin duda se llaman así, para demostrar que los hay todo el año, como habrán Vdes. observado. Es la época de la vida de la naturaleza; los días largos, las noches cortas y apacibles para pasarlas al aire libre es la que nos proporciona frecuentes ocasiones de admirar la belleza reunida ya en las apacibles orillas del mar, ó en la Glorieta de San Francisco, *Rendez vous* de las niñas bonitas, y que como pecadores, confesamos con el bello ideal que á todo nos conduce. Porque, ¿quien es indiferente á la belleza? ¿quien aunque su de guta percha tiene valor para renunciar á ver una reunión de mujeres bellas y elegantes, pollas ó no pollas, verdaderas flores que embellecen lo posible este triste valle de lágrimas? El verano tiene grandes atractivos, no hay duda, pero tiene enemigos poderosos, que le hacen insoportable, por lo que preferimos el invierno, con sus frios, sus lluvias, donde llueva, sus sabañones y todas las demás circunstancias que se caracterizan. Es además la época de la alegría; si señor y vamos á verlo. ¿Hay cosa más alegre que los sabañones? ¿hay alguien triste rascándose las manos, los piés, las orejas, ó la punta de la nariz?

Cuando uno tiene las manos frías y se las frota para calentárselas, ¿han reparado Vdes. que cara tan alegre se le pone? Pues esto no sucede en el verano, que el calor lo desanima á uno en términos que no le quedan más bríos que para defenderse de los mosquitos—y aun á veces se entrega á ellos, inutilizado por la fatiga. Hay que desengañarse: del frío del invierno puede uno defenderse, puede atenuarlo, puede gozar de él, pues que cabe graduarlo hasta pasar el día en la cama: pero el verano es

más tirano, porque no tiene defensa.

—Suda uno vestido, suda desnudo, y creemos que hasta sudaría muerto.

Esto no es exagerado, pero si insufrible: con la moda de empolvarse las señoras y el sudor de que no pueden verse libres, se ven á veces fisonomias tan surcadas como una tierra de labor. Pero el invierno es otra cosa.

Un paseo por la muralla al son de la música á las tres de la tarde de un día apacible y sereno, es lo delicioso que se puede desear. Nada más agradable, vistoso, ni seductor que un baile en un lujoso salón, preparado al efecto; si la noche es muy fría, magnífico, y si llueve, no hay más allá. ¡Qué animación! ¡qué vida! ¡qué alegría! ¡qué interesante es ver llegar las señoras envueltas caprichosamente en sus variados abrigos dejándolas adivinar las bellezas que encubren, por más que en esto ocurran algunos desengaños! ¿Y la salida, si hace mucho frío? ¿con qué se paga esa transición saludable que puede sacarnos de penas para siempre? No olvidemos tampoco que es el tiempo del turrón, manjar apetitoso y codiciado, verdadero sueño dorado de los españoles.—El clásico pavo, sacrificado precisamente en día señalado, es otro atractivo de no escasa importancia. En el invierno, hay ganas de comer, de dormir y de trabajar. Ha sido siempre la época de verificarse los matrimonios aunque hoy desde que se ha introducido la bonita moda de casarse y quitarse de en medio, se prefiere el verano como más propio para viajar—todo es la moda, que no contenta con vestirnos á veces de una manera ridícula, altera las costumbres y nos convierte en sus humildes esclavos.

Si hubiéramos de alegar todas las razones que se nos ocurren en pró y en contra de las dos estaciones mencionadas, no acabaríamos nunca, ni sería fácil decidir cual era la mejor. Los partidarios del verano se aburren de él todos los años, y los aficionados al invierno aunque se constipan desean desaparezca.

Resultando, pues, que de lo dicho no se saca nada en limpio,

Considerando que cada cual habla de la feria según le vá en ella, y visto el número anual de pulmonías y tabardillos que dan un resultado semejante,

Fallamos: que cada cual tenga paciencia y aguante los tiempos como se presenten, ó de lo contrario traslade su domicilio al planeta Júpiter, donde según noticias de los viajeros que de allí proceden, se goza de una primavera continua.

BISIESTO.

ECOS DE MADRID.

7 de Octubre de 1880.

La moda de las irregularidades co-

mo la de los trages y adornos domina á todas las clases. Algunos revendedores de billetes de la plaza de toros, comprendiendo el valor de estos papelitos de color que tan bien y tan pronto se trasforman en monedas de plata, han creído que podrían elevarlos á la categoría de billetes de Banco y los han falsificado. Por supuesto que esto lo han hecho los intrusos, no los matriculados; pero lo cierto es que ha habido desdichados que despues de pagar un tendido ó una grada, se han quedado sin asistir á la corrida.

La empresa por su parte vende como de sombra asientos que regalan media hora de sol por lo menos á los que los ocupan.

Todo esto tiene preocupados á los aficionados y puedo asegurar que en los círculos taurófilos, se da más importancia á estos sucesos que á la actitud de los políticos, que á las fluctuaciones de la Bolsa y que á la acción combinada de las potencias extranjeras en la cuestión de Oriente.

Pero volviendo á los revendedores de billetes de espectáculos hay que reconocer que disfrutan de la gran posición. Ellos y los que venden décimos de la lotería y las rifas son los niños mimados de la suerte en los tiempos que atravesamos.

Se levantan tarde, se acercan al despacho de billetes de los teatros allí se pasan el día conversando y sacan diariamente el 50 por 100, sino es más al capital que emplean.

Prueba al canto: en los teatros en que se venden las localidades por actos cuesta, dos reales la butaca; las empresas les hacen rebaja, pero no hagamos caso de eso. Se presenta un aspirante á espectador.

- Una butaca.
- Tenga V.
- Cuanto.
- Tres reales.
- Si cuesta dos en el despacho.
- Comprela V.
- No hay.
- Pues ahí verá V!
- Quiere V. dos y medio?
- Tres.
- Eso es una picardía!
- Como me insulte V. llamo á la pareja.

El espectador se vá pero vuelve y paga los tres reales sino se empeñan en que pague cuatro.

Vender 50 butacas no es mucho: el revendedor paga por ellas menos de 100 reales y cobra de 150 á 180. Me parece que un diario de 3 á 4 duros por estar cuatro ó cinco horas en la puerta de un teatro es negocio.

¡Cuántos altos funcionarios...!

Pues lo mismo aun que en menor escala hacen los fomentadores ambulantes de las rifas y loterías.